CARTA XVIII

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Le pide oraciones para sus Ejercicios. Cuide V. C. de cumplir la voluntad del adorable Corazón, y El tendrá particular cuidado de V. C.

¡Viva † Jesús!

[Fecha probable, Octubre 1682].

No he querido entrar en retiro sin responder a su atenta carta, y al mismo tiempo, mi respetable Madre, pedirle el auxilio de sus oraciones. Le aseguro que, tengo suma necesidad de ellas, y desearía que Nuestro Señor se lo hiciese conocer, o que al menos El me hiciera tal como la caridad le hace creer que soy, que no es nada de lo que piensa. Quisiera yo, sin embargo, poderle expresar cuán verdaderamente la quiero y honro en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, al cual suplico derrame más y más sus bendiciones sobre su gobierno, a fin de que sea según su espíritu y sus designios.

Yo sé que El no le rehusa sus luces, porque quiere que camine sin desviarse de ellas; y si quiere obligar a su bondad a que tenga particular cuidado de V. C., entréguese enteramente a su Corazón adorable, dejando a un lado sus propios intereses para emplearos toda con el corazón y afecto en la obra que El le ha cometido. Ojalá pueda decir que ha cumplido su santísima voluntad en ella, por lo menos en todo aquello en que se la ha dado a conocer. Esto es lo que le pido con todo mi corazón, mi amadísima Madre, y que nos dé la pureza de su santo amor, el cual nos una en el tiempo y en la eternidad.

Mi única amada Madre, no dude jamás de la sinceridad de mi afecto, ni de la parte que tiene en mis indignas oraciones.

Hermana M. M.

De la V. de Santa M.

D. S. B.

CARTA XIX

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

La tranquiliza en sus temores. Sentimientos del más sincero afecto.

¡Viva † Jesús!

[Noviembre 1682.]

La paz del adorable Corazón de Jesucristo llene para siempre los nuestros, mi muy respetable Madre, a fin de que nada pueda turbar su tranquilidad. Contesto a aquello con que V. C. nos ha honrado, donde he visto la pena en que la ha puesto la que tuve la honra de escribiros. ¡Oh! os ruego en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que quede en paz por todo esto, y que no dé importancia a lo que le escribo; pues pongo sin prudencia ni consideración, todo lo que me viene a la cabeza. No se turbe, pues, más, mi querida Madre, ni desée de mi parte otra explicación; baste que le diga que el Señor se contenta con la buena voluntad de nuestro corazón. Yo espero que el suyo nunca le rehusará las gracias necesarias para cumplir perfectamente todo lo que El le ha impuesto.

Esto es lo que yo le pido para V. C., mi amada Madre, para quien formulo mil votos de bendición en su divina presencia. En ella me es queridísima, y sus intereses están en lo más íntimo de mi pobre corazón, que conservará siempre para V. C. toda la estimación y respeto de que puede ser capaz el más sincero afecto. Quede persuadida de esta verdad, y no olvide mis miserias en la presencia de Nuestro Señor, en cuyo Corazón deseo que los nuestros queden unidos en el tiempo y en la eternidad por su divino amor que me hace toda suya con respeto.

Su muy humilde, obediente e indigna hija en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B. (10)

(10) Este billete se escribió al final de los Ejercicios espirituales, como lo indican las líneas siguientes que la Madre Greyfié escribió en el mismo pliego. Puede, pues, darse por segura la fecha del 15 al 20 de Noviembre.

CARTA XX

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Felicitaciones de Año nuevo. ¿Cuál es la felicidad del alma? Por qué escribe cartas.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
6 de Enero de 1683.

Mi queridísima y respetable Madre:

El deber y juntamente la amistad, llena de estima y respeto, que Nuestro Señor me da para con V. C., me obliga a no pasar más adelante en este año, sin decirle que os lo deseo lleno de las gracias y bendiciones que necesita para cumplir perfectamente la santísima voluntad de Dios en todo lo que El quiere de V. C.; pues en verdad me parece que toda la felicidad de un alma consiste en conformarse con esta adorabilísima voluntad, porque en ella encuentra su paz nuestro corazón y el alma su alegría y descanso, puesto que aquel que se une a Dios se hace un mismo espíritu con El.

Yo creo que este es el verdadero medio de hacer nuestra voluntad; porque su amorosa bondad se complace en contentar a aquellos que no le oponen ninguna resistencia. Y por el contrario, a los que le resisten, todas las cosas se las torna adversas; cierra los oídos a sus peticiones, los mira sin compasión, y su Sagrado Corazón se hace insensible a sus necesidades. Pero no sé por qué le digo todo esto, sino porque el Señor quiere

---

«Saludo afectuosamente a Vuestra Caridad, mi respetable y querida Hermana, esperando que nuestras últimas cartas os habrán acusado el recibo de la vuestra. Estamos en un tiempo en que son raras las ocasiones de poder escribir a esa provincia; pero esto no os quita nada de mi afecto ni del recuerdo que de vos tengo delante de Nuestro Señor, que nos ha visitado doblemente durante los Ejercicios con sus gracias y luces que ha derramado en nuestras Hermanas y con las enfermedades que han atacado a todas nuestras Hermanas domésticas casi al mismo tiempo. Pero, gracias a Nuestro Señor, henos ya en disposición de ir todas al coro para hacer nuestras santas renovaciones sin ayuda de nadie ni aun de bastones. Pasado esto, Dios mediante, todo irá de bien en mejor; y yo soy y seré invariablemente siempre toda de Vuestra Caridad, mi querida e íntima Hermana, con todo el pobre corazón de vuestra indigna,

Hermana Petra Rosalía.»

que tengamos todo nuestro contento en El solo, a fin de darnos todo lo que nuestro corazón desea.

¡Dios mío, mi querida Madre, qué confusión me produce el hablar así a V. C.! Mas hácelo un corazón que la estima y que quisiera podéroslo demostrar y corresponder a tantas delicadas bondades que me dejan sumamente confundida; sobre todo lo que V. C. me dice, de que encuentra consuelo en mis cartas. ¡El Señor es quien se lo da, porque puedo asegurar a V. C., que con frecuencia no me atrevería a escribir si no tuviera segura esperanza de que, con mis cartas, llegarán a conocerme y a hastiarse de una pecadora tan ruin y mala como yo; pero, ¡el Señor haga su voluntad y no la mía! En su santo amor, y con suma veneración, soy, mi muy respetable Madre, su humildísima y obediente hija en Nuestro Señor.

Hermana Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Carta XXI

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Estupenda humildad de la Santa. "Ayudadme a convertirme de veras".

De Paray [28 de Marzo de 1683].

En verdad, mi muy respetable Madre, que me deja sumamente confundida honrando tanto a una pecadora tan ruin y miserable como yo, que no he salido del mundo sino para sepultarme en un eterno olvido, a fin de hacer penitencia de tantos pecados como he cometido. Porque he llevado una vida tan criminal, que no por serle desconocida me justifica a mí ni carecerá de castigo; y el más riguroso que la justicia divina me hace experimentar ahora, es el ver que tantas almas santas, animadas de santa caridad, se imaginan que soy lo que en efecto debería ser; pero nada menos que eso, porque no soy más que un compuesto de todas las miserias, defectos e imperfecciones, digna del mayor desprecio.

Y como la honro y estimo infinitamente, me disgusta que

una persona de vuestro valer se engañe de esa manera, y sea del número de aquellas que tan mal me conocen. Ayúdeme, mi querida Madre, con sus santas oraciones a convertirme de veras. V. C. no será la última ni en mi memoria ni en mis oraciones; se lo aseguro, porque es para mí queridísima en el sagrado Corazón de Jesucristo.

Vuestra, etc.,

Hermana Margarita María Alacoque.
B. S. D.

Carta XXII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Felicitaciones de Pascuas. El Señor la cura milagrosamente, en prueba de su buen espíritu. Sus "amigas pacientes", las almas del Purgatorio.

¡Viva † Jesús!

[Abril] 1683.

Mi queridísima Madre:

¡Jesucristo resucitado triunfe siempre en nuestros corazones!

El mío consuélase mucho considerándose obligado a rendir este justo homenaje al suyo. Por obediencia le diré que el Señor continúa conmigo sus misericordias, con más abundancia que nunca. No se venga de mis perfidias, más que con excesos de amor; pero sea todo para su mayor gloria.

El día de Santo Tomás (21 *de Diciembre de* 1682) nuestra respetable Madre me ordenó, en virtud de santa obediencia, que pidiese a Nuestro Señor la salud, pues se habían aumentado tanto mis enfermedades que mucho me hubiera costado vivir largo tiempo como estaba.

[Puesto que el verdadero afecto de mi corazón por mi buena Madre me obliga a hablarle con toda confianza, a pesar de la extrema repugnancia que sabe tendría en hacerlo a otra persona a quien Nuestro Señor me hubiese dado estimar menos, he aquí el modo cómo me dio este mandato:

Que era preciso pedir a Nuestro Señor que si todo lo que pasaba en mí venía de El, diese como señal el que todos mis males corporales se suspendiesen durante cinco meses, de suer-

te que no tuviese necesidad durante este tiempo de ningún remedio ni alivio que me impidiera seguir, por poco que fuese, a la Comunidad; pero al contrario, que si todo esto venía de otro espíritu que no fuese suyo, que me dejara en mis miserias ordinarias que me habían reducido a tal extremo, que yo no sabía ya qué hacer de mí].

Pero Aquel que quiso morir por obediencia me dio claramente a conocer cuánto le agrada esta virtud; porque estando entonces en la enfermería y habiéndome levantado a fin de ir al coro para hacer mi petición, que mis pecados me hacían indigna de obtener, me hizo ver que el mérito de la obediencia lo puede todo. Desde esta época he tenido siempre tan perfecta salud, que me parece que no hay cosa capaz de alterarla; y la cruz de la enfermedad trocóse en otra interior, cuyo peso no hubiera podido soportar largo tiempo, si la misma mano que me aflige no fuese también mi fortaleza. Porque me parece que su santidad de justicia me ha hecho sentir un reflejo del infierno, o más bien del Purgatorio, pues no perdí el deseo de amar a Dios. Estaba como una persona en agonía, a quien fuera menester arrastrar con cuerdas para llevarla al lugar de su empleo, que son nuestros ejercicios. Yo no sentía ni entendimiento, ni voluntad, ni imaginación, ni memoria; todo se había alejado de mí, dejándome sin fuerzas. Pero las penas se me imprimían tan vivamente en mi alma, que penetraban hasta la médula de los huesos. Todo mi ser sufría, aunque con sumisión completa a la santísima voluntad de mi Dios, cuyos eternos designios adoraba.

Le diré que se me representó esta disposición, como una reverberación y participación de lo que Nuestro Señor sufrió en el Huerto de los Olivos, [donde dije con mi divino Salvador: *no se cumpla, Dios mío, mi voluntad, sino la vuestra,* por mucho que me cueste, estando resuelta a sufrir hasta el fin, con el auxilio de su gracia. Pero si supiera cuán grande es mi malicia y cuántas injurias hace mi vida a su bondad, le pediría perdón por ello; hágalo se lo ruego, y dele gracias por haberme dado una Madre tan buena que no se cansa de ejercitar la caridad conmigo; es una verdadera Madre, y es decirlo todo]. ¡Oh mi

querida Madre, qué grandes son las misericordias del Señor con una pecadora tan miserable! Alabe al Señor, porque no estoy ya sumergida en el fondo del infierno por la multitud de mis pecados.

Cuando hacía la oración que sabe, en la noche del jueves al viernes, se me representó un alma santa del Purgatorio por quien había sido yo favorecida, con estos sufrimientos.

Nuestra Madre me permitió en favor de las almas del Purgatorio, pasar la noche del Jueves Santo (15 *de Abril*) delante del Santísimo Sacramento, y allí estuve una parte del tiempo toda como rodeada de estas pobres almas con las que he contraido una estrecha amistad. Me dijo Nuestro Señor que El me ponía a disposición de ellas durante este año, para que les hiciere todo el bien que pudiese. Están frecuentemente conmigo, y las llamo *mis amigas pacientes*. Hay una que me hace sufrir mucho, y no la puedo aliviar todo lo que desearía; no puedo decirle su nombre, mas sí pediros socorro para ella, que no será desagradecida. La ha conocido, al menos de nombre. El socorro que le pido es nueve actos todos los días hasta la Ascensión: cuatro de caridad y cinco de humildad; los cuatro de caridad para honrar la ardiente caridad del Sagrado Corazón de Jesucristo, y los cinco de humildad para reparar las humillaciones que ha sufrido en su Pasión. Le agradeceré que me proporciene igual socorro de algunas de vuestra Comunidad.

[Mire, mi buena Madre, cómo mi corazón no quiere ocultar nada al suyo, puesto que nuestra respetable Madre no solamente lo permite, sino que me invita a ello, pues tiene en mucha estima a V. C., a quien yo quisiera expresar cuán ardientemente deseo que sea consumida por el puro amor.

Mire, cómo le hablo sin ceremonias y con toda confianza, por lo que le ruego queme esta carta, pues sé que me favorece con su afecto. Respondame, si gusta, una palabrita, según lo que Nuestro Señor inspire a su caritativo corazón].

D. S. B.

CARTA XXIII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Acerca de las Santas almas que salieron del Purgatorio el domingo del Buen Pastor.

¡Viva † Jesús!

[2 de Mayo de 1683].

Mi alma se siente penetrada de un consuelo tan grande que me cuesta trabajo guardarlo dentro de mí. Permítame que lo comunique a su corazón para aliviar el mío, que no sale casi del de Nuestro Señor Jesucristo. Esta mañana, Domingo del Buen Pastor (*cayó el 2 de Mayo*) dos de mis buenas amigas pacientes han venido a decirme *adiós* en el momento de despertarme, y que éste era el día en que el soberano Pastor las recibía en su redil eterno, con más de un millón de otras almas, en cuya compañía marchaban con cánticos de alegría inexplicables. Una es la buena Madre de Monthoux; la otra mi Hermana Juana Catalina Gascón que me repetía sin cesar estas palabras:

El amor triunfa, el amor goza,
El amor en Dios se regocija.

La otra decía: «¡Qué bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor, y las Religiosas que viven y mueren en la exacta observancia de su Regla!». Quieren que yo le diga de su parte que la muerte puede separar a los amigos, pero no desunirlos. Esto es de esta buena Madre; y la otra que será para V. C. tan buena hija en el cielo, como ha sido V. C. buena Madre para ella en la tierra.

Si supiera cuán transportada está mi alma de alegría, porque cuando les hablaba me parecía que las veía poco a poco abismadas y como sumergirse en la Gloria. Le piden que rece en acción de gracias a la Santísima Trinidad, un *Te Deum*, un *Laudate*, y cinco *Gloria Patri*. Y como yo les rogara que se acordasen de nosotras, me han dicho, al despedirse, que la ingratitud jamás ha entrado en el cielo.

¡Si supiera el dolor que esta obra me ha causado!; esto no se puede expresar. Deme algunas gotas de agua para refrigerarla, porque yo me abraso con ella, etc.

D. S. B.

CARTA XXIV

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Acerca de la Muerte de la M. Boulier. "El don del puro amor sobrepuja a todos los demás". Efusiones de su caridad para con la misma Madre de Saumaise.

¡Viva † Jesús!

[Octubre o Noviembre 1683.]

Mi queridísima Madre:

Creo que más bien tengo que regocijarme con V. C. por la felicidad que le cabe de tener una abogada tan poderosa en el Cielo en la persona de la respetable Madre Boulier (*Superiora de Dijon, donde murió en olor de santidad, el 7 de Septiembre de este año* 1683) que tomar parte en el dolor que siente por la separación de tan santa amiga. Yo le confieso que sin haber tenido la dicha de verla, la estimaba y amaba más de lo que puedo decir; no obstante, lo cual, no puedo entristecerme, pues la creo gozando de su soberano Bien, que la hace muy poderosa para que nos dé señales de una verdadera amistad.

La que el Señor me da para con V. C., me hace encontrar consuelo en derramar mi corazón en el suyo, a pesar de la repugnancia que no ignora tengo en hablar de mí. Le confieso sinceramente que mi vida y mis acciones son tan poco conformes con las gracias que recibo de Dios, que me estremezco de horror cuando pienso en ello, y más aún cuando lo escribo; por tanto, no puedo resolverme a hacerlo.

Me parece que lo que digo no es más que una ilusión, y que debo sepultarlo todo en el olvido, tanto cuanto pudiera, sin faltar a la santa sencillez y sinceridad de un alma que quiere ser toda de Dios, y no aficionarse ni hacer aprecio sino únicamente de El, que vale más que todos sus dones. El de su puro amor, so-

brepuja a todos los demás; sólo él debe dominarnos, y hacernos obrar y sufrir, porque nunca está ocioso en un corazón. Entreguémonos, pues, sin reserva a sus ardores, a fin de que le amemos con todo el ser que El nos ha dado; para esto, es menester que todo esté sometido, se doblegue y obedezca a este divino amor.

Este es el mayor deseo que me ha dado en los Ejercicios, en los cuales su bondad me ha obligado con frecuencia a decirle que si sus dulzuras y liberalidades son tan grandes con los pobres miserables que no tienen más que un deseo ineficaz de amarle, ¿qué hará con aquellos que, con un corazón vacío y desprendido de todo, le aman puramente por amor de El mismo? ¡Así es como creo yo que V. C. lo hace, y como deseo hacerlo yo misma! Pero por este amor que nos une en su Corazón adorable, pida esta gracia para mí y para todos los corazones capaces de amarle.

Yo no la olvido en su santa presencia, en donde hago míos sus intereses, por lo que me alegro de que el Señor lo haya dejado descansar (*sin ser reelegida Superiora*) a fin de que tenga más tiempo para conversar con este Amado de nuestras almas, y reposar dulcemente sobre su pecho amoroso. El cual deseo yo que os consuma con sus puras llamas, por las cuales quedemos tan estrechamente juntas y unidas a El, que jamás nos separemos de su divino amor. Amén.

D. S. B.

Carta XXV

A LA SEÑORITA DE CHAMBERLAND, MOULINS

Enérgicos consejos de vida espiritual. "Debe bastarnos que El esté contento". Los votos religiosos son cosa seria. Claridad de conciencia.

¡Viva † Jesús!

[4 de Febrero de 1684].

Ruego a Nuestro Señor que sea su fortaleza para que llegue a la perfección de sus verdaderas esposas crucificadas, que

para esto se le deben ofrecer sin reserva de corazón y de afecto a fin de ser siervas enteramente crucificadas. Pero ¡oh mi Dios¡ Hermana mía, ¿qué quiero decirle con estas palabras? Tendrá bastante valor para ponerlas en práctica, es decir, para morir continuamente a sus inclinaciones, pasiones y satisfacciones, en una palabra, a todo lo que es de la naturaleza inmortificada, para hacer vivir en sí a Jesucristo por su gracia y su amor? Porque, no contento con esta crucifixión que le haga de sí misma, se complacerá mucho más en que otros la crucifiquen, reprendiéndola, mortificándola y humillándola, y a menudo tiene gusto en hacerlo por sí mismo, afligiéndola interior y exteriormente.

Pero, ¿qué importa esto a un alma que tiene buenos deseos, como manifiesta, de ser toda de Dios de cualquiera manera y por cualquier camino que a El le plazca conducirla? A nosotros debe bastarnos que El esté contento; no deberíamos afligirnos por nuestros disgustillos. Estos no proceden ordinariamente sino de que no trabajamos bastante en mortificarnos y simplificarnos, cortando todos los rodeos y reflexiones del amor propio que hace que no queramos sufrir sino lo que nos place, y que usemos mal de las ocasiones que la divina Providencia nos presenta sin que nosotros las hayamos buscado ni previsto.

Desea, mi querida Hermana, que le diga yo lo que opino sobre la elección de su vocación. No la puedo decir otra cosa sino que siga el consejo del que dirige su alma. Me dice que no la conoce; lo cual me sorprende no poco, porque debemos manifestarle la verdad de nuestros buenos deseos más por las obras que por las palabras, que son siempre sospechosas, si no las hace verdaderas nuestra conducta.

Pensadlo bien. Cuando se trata de hacer votos va en ello la salvación; porque bien sabe que los votos dan un nuevo mérito o demérito a nuestras acciones. Pero si he de hablarla con franqueza, no puedo concordar estas dos cosas en un alma, que quiere ser toda de Dios; que pueda cometer con frecuencia y voluntariamente faltas de sinceridad y verdadera sencillez, y que no caiga en la cuenta, buscando ciertos rodeos y disimulos en sus palabras y acciones, no yendo por el camino derecho de los que no miran más que a Dios en todo lo que hacen y sin otro artificio toman por divisa: «Jamás haré, estando solo, ni

más ni menos de lo que haría delante de las criaturas, puesto que Dios me ve en todas partes y conoce los repliegues de mi corazón».

No quiero, sin embargo, creer, mi querida Hermana, que caiga usted en estas faltas de que acabo de hablarle; porque me parecen tan horribles e incompatibles con el espíritu de Dios y su amor, que no solamente no podrá un alma progresar en la perfección ni adquirir ninguna virtud verdadera, sino que también por esta falta de sencillez dará entero poder al enemigo para hacer de ella un juguete suyo y engañarla como quisiere. El es muy fuerte cuando le guardamos secreto, pues que nada le confunde tanto ni le hace más impotente respecto de nosotras, como la sincera acusación de nuestras faltas, manifestando ingenuamente lo bueno y lo malo que tenemos a aquellos que nos dirigen, sin exagerar ni disimular, a fin de que nos conozcan y nos hagan llegar a la perfección que Dios pide de nosotros, escuchando con humildad y sumisión sea lo que fuere lo que nos dicen, para cumplirlo con sencillez, si no es clara ofensa de Dios.

He aquí, mi querida amiga, lo que me ocurre decirla al presente. No sé yo por qué Dios ha permitido que casi no la haya hablado más que de esta sencillez, sino porque me parece tengo tanto horror a lo contrario, que aun cuando viera en un alma todas las otras virtudes sin la de la sinceridad, y aunque fuera favorecida de todas las gracias con que Nuestro Señor favorece a sus amigos más queridos, todo esto, digo, no me parecería otra cosa que ilusión y engaño. Pero basta lo dicho sobre esto. Siga en todo lo que este buen Padre la ordene, pues él desea su verdadero bien para la gloria de Dios.

Toda vuestra en el Sagrado Corazón de Jesús.

Hermana Margarita María de Alacoque.
D. S. B.

CARTA XXVI

A LA MADRE PETRA ROSALIA GREYFIE, SEMUR (11)

Se lamenta de no tener ahora ocasión de sufrir las humillaciones y mortificaciones de antes. "Qué duro es vivir sin amar al Soberano Bien, y sin sufrir por este amor". "El deseo de morir me apremia más que nunca".

¡Viva † Jesús!

[Julio 1684.]

¿Cómo es posible que con tantos defectos y miserias se sienta mi alma tan hambrienta, mi respetable Madre, de sufrimientos y mortificaciones? Y cuando pienso que le hace la caridad de mantenerla con este pan delicioso, aunque amargo a la naturaleza, y que ahora me veo privada de él a causa sin duda del mal uso que he hecho, esto me colma de dolor. Nada me ha unido tanto a V. C. como esa dirección en la que no puedo pensar sin sentir un tierno reconocimiento hacia V. C., que no pueda darme pruebas más efectivas de una perfecta amistad que humillándome y mortificándome. Aun cuando fue muy poco lo que me mortificó en comparación de los muchos motivos que yo le daba, sin embargo, eso poco me consolaba y me endulzaba las amarguras de la vida, y esta privación me la hace insoportable.

Yo no sabría vivir sin sufrir; y después del tiempo que llevo sufriendo y que el Señor me regala con tan grande bien, aún no sé hacer buen uso de él. No hay nada que más desee hacer bien y que haga peor, porque carezco de amor hacia Dios, por el demasiado amor que me tengo a mí misma. ¡Ah, mi querida Madre, qué duro es vivir sin amar al Soberano Bien y sin sufrir por este amor! El amor quiere obras, y yo sólo tengo palabras

---

(11) La Madre Greyfié, elegida Superiora del Monasterio de Paray en el mes de Mayo de 1678, había terminado su segundo trienio en el mes de Mayo de 1684. Entonces fue elegida Superiora en Semur-en-Ausoix. Sucedióla en Paray la muy Rvda. M. María Cristina Melín. Profesora del Monasterio de Paray y testigo de las maravillas ocurridas con Margarita María, la nueva Superiora podía prescindir de la prudente desconfianza de las anteriores que hubieron de someter a la Sierva de Dios a múltiples pruebas. En esta primera carta que dirige a su antigua Superiora, la Santa se queja con admirable sencillez de no tener que sufrir ya los rigores maternales, tan provechosos a su alma.

para el bien y obras para el mal. Me parecía que vivía segura bajo su dirección, porque me hacía caminar siempre contra mis inclinaciones naturales; y esto es lo que agradaba a ese Espíritu, por el que creo ser guiada, el cual me quisiera ver siempre abismada en todo género de humillaciones, sufrimientos y contradicciones; de otro modo no me deja descanso alguno. A la naturaleza no contenta nada de esto; pero este Espíritu que me gobierna, no puede sufrir que yo tenga otro placer que el de no tener ninguno.

Algunas veces todo sirve de motivo para afligirme, sin turbame, sin embargo. El deseo de morir me apremia más que nunca; no podría resolverme a pedir a Dios los años de vida que me había dicho, a menos que no fuera con esta condición: que todos se emplearan en amar al Sagrado Corazón de mi Jesús, en el silencio y en la penitencia, sin ofenderle más, permaneciendo día y noche en el Santísimo Sacramento en donde ese divino Corazón, constituye todo mi consuelo aquí abajo...

CARTA XXVII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

"Que el puro amor sea el santificador y consumidor de nuestros corazones". Consagraos plenamente al Divino Corazón. Ardiente celo por su gloria. Pésame por una defunción.

¡Viva † Jesús!

10 de Agosto 1684.

Mi querida Madre:

Dios me insta más que nunca a que le ame y sufra, entregándome enteramente a El; pero ¡ay! mi corazón parece insensible a todos los movimientos de su gracia. Lo que yo más estimo, después de El mismo, es el don de su preciosa Cruz. ¡Ah! mi querida Madre, si se conociera su valor no se huiría de ella ni se la rechazaría; antes al contrario, se la querría y amaría de tal modo que no sería posible hallar contento sino en la Cruz, ni descanso sino sobre la Cruz, ni se tendría otro deseo que el de morir en sus brazos, despreciada y abandonada de todo el mundo. Mas para esto, es necesario que el puro amor sea el

sacrificador y consumador de nuestros corazones, como lo ha sido del de nuestro buen Maestro.

[Pidamos esta gracia la una para la otra, mi querida Madre, pues tengo siempre mucho interés por todo lo que a V. C. se refiere, y me parece que no hay nada que yo no quisiera hacer y sufrir para darle pruebas de mi afecto, de que le amo de lo íntimo de mi corazón, y de que soy toda suya, en el de nuestro adorable Maestro. Le pido un recuerdo ante El por un asunto que, según todo lo que se puede entender, es para su gloria.

Pero para consolarme un poco con mi buena Madre de la prolongación de este destierro, le diré] que la vida para mí es un continuo martirio; deseo morir y no he vivido aún un solo momento para Dios; pero es preciso comenzar de veras a no vivir sino para El y en El.

[Por esto me parece, mi amadísima Madre, que haría una cosa muy agradable al Sagrado Corazón de Nuestro Señor en hacerle entero sacrificio del suyo un Primer Viernes, después de la Sagrada Comunión, para no emplearlo en otra cosa que en su puro amor, procurándole todo el honor, y la gloria que esté a vuestro alcance. No os digo ya más porque me parece que habéis hecho todo esto; pero me parece que encontrará singular placer en que lo renovéis a menudo y lo practiquéis con fidelidad para labrar vuestra corona.]

¡Si pudierais comprender cuánto mérito y gloria hay en honrar a este amable Corazón del adorable Jesús, y cuál será la recompensa de aquellos que después de habérsele consagrado no pretenden sino honrarle! Sí; me parece que esta sola intención dará más méritos a sus oraciones, y las hará más agradables delante de Dios que todo lo que pudieran hacer por otra parte, sin esta aplicación.

[Tendría verdadero placer en decirle lo que pienso sobre esto, pero el papel no me es fiel y ya me ha engañado varias veces. Sería necesario hablar de corazón a corazón y vería que el mío se encuentra siempre en las mismas disposiciones de amistad, estima y agradecimiento que cuando tenía la dicha de estar bajo su dirección, de la que siempre lamentaré haberme aprovechado tan mal; pero me atrevo a esperar que en concepto de su hija primogénita, me amará siempre y se acordará

de mí en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, al cual yo quisiera que todos los otros estuviesen consagrados.

Procuremos atraer a todos cuantos podamos a nuestra pequeña Asociación; pidámosle esta gracia. De nadie depende, sino de mí misma, el trabajar en ello, puesto que tengo la dicha de gozar ahora de la quietud de nuestra celda, que me parece un paraíso anticipado del alma religiosa. ¡Cuánto motivo tengo yo de temer que la mía no tenga otro, pues nada he hecho para adquirirlo! Pero toda mi esperanza y apoyo estriba en los méritos del Corazón de mi Señor Jesucristo, que ha querido hacerse mi fiador, haciéndome esperar que El pagará y responderá por mí.

Después de escrita esta carta he sabido la muerte del buen señor Chaudot (*Capellán de la Comunidad de Dijon*). Verdad es, mi amada Madre, que Dios no la despoja de todos esos consuelos y apoyos humanos sino porque quiere ser El el único y verdadero amigo de su corazón; desea El ser solo en poseerlo, sin compartirlo con nadie y sin obstáculo alguno. Para ser El todo para V. C. en todas las cosas, no quiere que tenga más apoyo que El. ¡Que sea bendito su santo Nombre y se haba su santa voluntad! Le confieso que me interesa siempre todo lo que a V. C. se refiere; pero esas almas santas serán poderosas abogadas en Dios. Esto es lo que me consuela y debe regocijarla.]

Carta XXVIII

A LA MADRE SOUDEILLES, MOULINS

Sentimientos de amistad y de profunda humildad. Si quiere llegar a la perfección, haga al Sagrado Corazón el completo sacrificio de usted misma. Cuándo y cómo.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
3 de Noviembre de 1684.

Bendito y amado sea eternamente el Señor, mi respetable y muy querida Madre, que no ha permitido que tuviéramos antes el consuelo de responder a su carta. Esto no impide que

no le haya colocado en mi mezquino corazón, de suerte que rara vez la olvido en su santa presencia, aunque le confieso que quizá soy yo la causa de que acaso no haga sentir a vuestra querida alma los efectos de su santo amor, a medida de sus deseos. Pues, ¡ay de mí!, mi querida Madre, la verdad es que yo no soy más que un obstáculo para el bien y un compuesto de miserias en el cuerpo y en el espíritu. El sostén de mi debilidad, es que el Señor se complace en glorificar su infinita misericordia en las personas más miserables.

Pero volviendo a V. C., le diré sencillamente, como a una verdadera amiga en el adorable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que cuando le ruego por V. C., me ocurre esta idea: que si desea vivir toda para El y llegar a la perfección que desea de V. C., debe hacer a su Sagrado Corazón el completo sacrificio de V. C. misma y de todo lo que de V. C. dependa, sin reserva alguna, para no querer ya nada más que por la voluntad de este amable Corazón. No debemos aficionarnos a nada más que según sus mismas aficiones, ni obrar más que por sus luces, ni emprender nunca nada, sin pedirle antes su consejo y ayuda, debiéndole la gloria de todo e incluso rindiéndole acciones de gracias, así en los fracasos como en los éxitos de nuestras empresas, permaneciendo siempre contentas sin turbarnos por nada; pues con tal de que este divino Corazón esté contento y sea amado y glorificado, debemos darnos por satisfechas.

Si desea ser del número de sus amigas, le ofrecerá, pues, este sacrificio de sí misma, un Primer Viernes de mes, después de la Comunión que hará con esta intención consagrándose toda a El para rendirle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que pueda; y todo esto en la forma que El le inspire. Después de lo cual ya no se considerará más que como una cosa que pertenece y depende del adorable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, recurriendo a El en todas vuestras necesidades y estableciendo allí su morada cuanto le fuera posible. El reparará lo que pueda haber de imperfecto en sus acciones y santificará las buenas, si se une en todo a sus designios, que los tiene muy grandes respecto a V. C., para procurarse mucha gloria por su medio, si le deja obrar a El.

Pero perdonad, mi querida Madre, a esta orgullosa que con

tanta libertad os dice sus pensamientos. No os enojéis, puesto que todo ello no proviene más que de un corazón que tiene para con V. C. toda la amistad, estima y respeto posibles, pero a quien no le agrada que V. C. piense tan a menudo que la olvido. ¿Puede olvidarse lo que nuestro Señor nos ha hecho querer tanto?

Abandone, pues, esta idea, y conserve siempre buena memoria de la que es toda suya en el amor del Sagrado Corazón, que une y transforma los nuestros en El por el tiempo y por la eternidad.

D. S. B.

CARTA XXIX

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Dulces recuerdos de la fiesta de San Juan Evangelista. Satanás quedará confundido y el Divino Corazón reinará.

¡Viva † Jesús!

[Enero] 1685.

Mi querida Madre:

¡Qué felices somos con la gracia que el Sagrado Corazón nos hace al ocuparnos en darle a conocer y hacerle amar! Me parece que hubiera debido abismarme de confusión y gratitud, cuando el día de la fiesta del amado de nuestro muy Amado (*27 de Diciembre de* 1684) vine a recordar que en semejante día fue cuando tuve la incomparable dicha de reposar en el seno de este divino Esposo, del que soy tan indigna, con su discípulo amado, y cuando me dio su Corazón, su Cruz y su Amor: Su Corazón para ser mi asilo, mi recurso en todas mis necesidades y el cielo de mi descanso en medio de las borrascas de este mar, en donde la Cruz debe ser mi trono de gloria, en el cual únicamente debo regocijarme, puesto que nada bueno hay para mí fuera de Jesús, su Amor y su Cruz; además de su santo amor para purificarme, consumisme y transformarme en El.

Pero, ¡Dios mío, mi querida Madre, qué mal he correspondido a tan grandes gracias que debían santificarme, y, sin embargo, quizá no sirven más que para mi condenación! Todo lo espero de la bondad de ese caritativo Corazón, [sobre todo si tengo la ayuda de sus oraciones, en las que me lisonjeo de

tener parte y también de que vuestro corazón continuará prodigándome la bondad que siempre me ha demostrado].

¡Qué contenta moriría si pudiera conseguir que la Santa Sede autorizase la Misa de ese Adorable Corazón (12).

De todos modos me contento con el beneplácito divino, al que sacrifico todos mis deseos y gustos. Valor, pues, mi amada Madre; no desista por muchas dificultades que puedan oponerse, pues espero que venceremos. Satanás quedará confundido, y este divino Corazón establecerá su reinado y su imperio a pesar del enemigo. Mucho me regocija el ardiente celo que tiene en darle a conocer y hacerle amar. Esto es todo lo que deseo y lo que puede causarme placer en esta vida de miserias donde todo me aflige y atormenta, etc.

Carta XXX

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

¿Cómo es posible dejar de amar a este Señor tan lleno de amor? Todo lo demás es perder el tiempo. Cuál es la única ocupación de Margarita.

¡Viva † Jesús!

1685.

[Yo no sé, mi muy querida y amadísima Madre, si al Señor agradará el sacrificio que le he hecho, privándome durante tan largo tiempo del consuelo de escribirla puesto que tan a menudo me he visto a punto de sucumbir a la tentación de hacerlo.

---

(12) La primera *Misa propia* del Sagrado Corazón de Jesús fue compuesta por la Hermana Joly y aprobada únicamente por el Vicario General de la Diócesis de Langrés. La celebraron por primera vez en el Monasterio de Dijon la octava de San Francisco de Sales, Primer Viernes, 4 de Febrero de 1689 (véase Hamon, *Vie de Sainte Marguerite* 414-418). La Santa Evangelista del Divino Corazón († 17 de Octubre de 1690), pudo saber de esta primera Misa *diocesana* pero no de la Misa propia y universal con que ella soñaba.

Siete años después de su tránsito, permitió Inocencio XII a las hijas de la Visitación celebrar en honor del Sagrado Corazón la Misa de las cinco llagas. Clemente XIII concedió en 1675 la Misa y Oficio propio con algunas limitaciones. Por fin, Pío IX extendió el 23 de Agosto de 1856 la fiesta a toda la Iglesia Universal.

Os confieso, mi buena Madre, que mi pobre corazón la ama y estima en el de Jesucristo más de lo que pueda expresarla, así como el deseo que tengo de darle pruebas de ello. Pero no soy rica más que de buena voluntad, la que me hace desearla la plenitud de gracias del Señor para cumplir en todo su santa voluntad, consumando todos los designios que sobre V. C. tiene.]

¡Oh, mi querida Madre, qué bueno es amar a este Señor tan lleno de amor! Y por poco que haga entender a un corazón cuán bueno y amable es, ¿cómo es posible que ese corazón pueda dejar de amarle y dejarlo todo para abandonarse a la fuerza de este amor? Confieso que nunca he sentido tan apremiantes deseos de amarle, que quedan con todo sin efecto, porque este maldito amor propio todo lo echa a perder. Es preciso, sin embargo, amar a este único amor de nuestros corazones, cueste lo que cueste, puesto que nuestra dicha y felicidad consisten en este amor; y me parece que cualquier otro pensamiento y ocupación, no es más que perder tiempo, cuya importancia nunca comprendí mejor que ahora.

[Después de la muerte de nuestra querida Hermana N.] me parece que cada momento va a ser el de mi muerte y que he perdido todos los de mi vida, pues todavía no he empezado a amar a mi Dios.

¡Ah! mi querida Madre, cuánto me hace sufrir esto, y qué cansada estoy de servir a este cuerpo miserable, que es mi más cruel enemigo, que me hace una guerra continua. Si pudiera descubrirle todas mis infidelidades e ingratitudes, [estoy segura que por compasión no me negaría el socorro de sus oraciones, para que yo corresponda a los movimientos de la gracia del Señor, cuyo Sagrado Corazón es siempre tan liberal, que yo no me considero más que como un compuesto de sus misericordias].

Le confieso que este amable Corazón constituye ahora toda mi ocupación, bien sea en la oración o fuera de ella (13). He

---

(13) Desde fines del año precedente 1684 tenía la Santa, descargada ya del cargo de Asistente por la M. Melier, el de directora del Noviciado. Pero esta finísima amante del amante Corazón, convertía todos sus cargos, y más ahora el de las novicias, en un continuo ejercicio de amor apostólico al mismo. ¡Precioso modelo para los genuinos devotos del Sagrado Corazón de Jesús!

encontrado en El un paraíso de paz, que me hace indiferente a todo lo demás, que me parece despreciable en comparación de El.

Mi más dulce placer sería hablaros con el corazón en la mano, pero en esta vida de privaciones, no debemos desear más placer que no tener ninguno, por amor de Aquel que ha querido carecer de ellos, durante todo el tiempo de su vida paciente, por nuestro amor.

[Quedo en su Corazón amante con el mayor afecto de que el mío es capaz, toda suya].

CARTA XXXI

A LA MADRE DE SAUMAISE, EN DIJON O A LA MADRE GREYFIE EN SEMUR

Notables revelaciones acerca de algunas almas del Purgatorio. Pide sufragios por ellas. "Con tal de que yo le ame, esto me basta".

¡Viva † Jesús!

20 de Abril 1685.

En este santo tiempo de las visitas amorosas (14) de nuestro divino Maestro (*eran Pascuas de Resurrección*) ruego a su sagrado Corazón que consuma los nuestros en el fuego de su amor, no solamente en el tiempo sino también en la eternidad. Y con la confianza que tengo en vuestra amistad no pongo dificultad en abrirle mi corazón, para implorar su ayuda en una cosa que me causa mucha pena.

Se trata de nuestra pobre Hermana J. F., la cual me parece que se ha dirigido a mí dos veces. En la primera me dijo varias particularidades que se referían a ella y a algunas otras personas que no puedo nombrar, pero en lo que a ella se refiere dijo: que poco faltó para que se perdiese, y que no debe su salvación más que a la Santísima Virgen, y que durante su agonía, satanás le dio tan furiosos asaltos, por tres veces, que estuvo algún tiempo sin saber si se condenaba o se salvaba, hasta que la Santísima Virgen vino a arrancarla de las garras del demonio,

(14) Se refiere a las almas del Purgatorio.

y Dios permitió que yo ayudara a cuidarla por estar enferma la ayudante de la enfermería. Le hubiera inspirado lástima, porque se veía las penas horrorosas que sufría; todo su cuerpo temblaba. Por tres veces se arrojó de la cama, y una vez se la oyó decir: «Estoy perdida», pero tenía siempre su pensamiento atento y fijo en Dios.

La primera vez que la vi después de su muerte, me dijo: « ¡Ah, qué penas tan crueles sufro, y qué largos se harán cinco años en tan rigurosos tormentos! ».

Yo le pregunté qué deseaba; y me pidió Misas y varias otras cosas que nuestra respetable Madre ha cumplido caritativamente. Le ofrecí por seis meses todo cuanto hiciera y padeciera, y desde entonces, le confieso, que no me han faltado sufrimientos, habiéndome dado Nuestro Señor tantos como podía soportar, y de todas clases, pues incluso tuve durante ese tiempo un dedo malo; era al principio de Cuaresma (*que había comenzado el 7 de Marzo*), y me lo tuvieron que sajar hasta el hueso con la navaja, y aún no está curado. Pero bendito sea el Señor, que me hace la gracia de favorecerme con su cruz, que es mi gloria.

La segunda vez esta buena Hermana me hizo ver el lastimoso estado en que se encontraba, diciendo: ¡Oh, Hermana mía, qué tormentos tan rigurosos sufro! Y aunque padezca por varias cosas, hay tres que me hacen sufrir más que todo lo demás:

La primera es el voto de obediencia que he observado tan mal, pues no obedecía más que en aquello que me agradaba; y semejantes obediencias no sirven más que de condenación delante de Dios;

La segunda es el voto de pobreza, pues no quería que nada me faltase, proporcionando varios alivios a mi cuerpo. ¡Ah, qué caro pago ahora las caricias excesivas que le he hecho, y qué odiosas son a los ojos de Dios las religiosas que quieren tener más de lo que es verdaderamente necesario, y que no son completamente pobres! ;

La tercera cosa, es la falta de caridad, y por haber sido causa de desunión, y haberla tenido con las otras; y por esto, las oraciones que aquí se hacen no se me aplican, y el Sagrado Co-

razón de Jesucristo me ve sufrir sin compasión, porque yo no la tuve de aquellos a quienes veía sufrir.

Me dijo que me dirigiera a V. C. para rogarla que le procurara tres Misas, el Rosario durante nueve días, y todas las prácticas de observancia, y una Comunión, diciendo que todo eso endulzaría mucho sus trabajos y que no sería ingrata. Esto es, mi querida Madre, todo cuanto puedo decirle.

En cuanto a nuestra pobre Hermana M. F. creo que no le quedan más que seis meses de Purgatorio, y después gozará del soberano Bien.

Respecto a lo que V. C. nos pregunta sobre la difunta y buena Madre Boullier, ya no necesita nada, me parece, y la creo bien alta en la gloria y en el lugar de esos serafines destinados a rendir perpetuo homenaje al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo para reparar las acerbas amarguras que ha sufrido y sufre todavía en el Santísimo Sacramento por la ingratitud y frialdad de los nuestros. Todo lo que puedo decirle es que tiene mucho poder para ayudarle.

¡Ah, mi buena Madre, cuán obligada le quedaría si me ayudara a aliviar a mis buenas amigas pacientes del Purgatorio!, pues así es como llamo yo a esas pobres almas, por cuyo alivio no hay nada que no quisiera hacer y sufrir. Le aseguro que no son ingratas.

Para decirle una palabra de mí misma, le diré que el Señor me concede siempre muchas gracias, por indigna que sea; de las cuales, la que más aprecio, es la conformidad a su vida paciente y humillada. Me tiene en un estado de indiferencia a su divino beneplácito, tan grande, que ya no me preocupa cualquiera que sea el estado en que me ponga. Con tal que El esté satisfecho y que yo le ame, esto me basta. Y he aquí la ocupación que ha dado a mi espíritu: «la Cruz es mi gloria, el amor a ella me conduce, el amor me posee, sólo el amor me basta».

Le suplico que, una vez leída esta carta, la queme y que nadie la vea sino V. C.

No sé si me engaño en todo esto que le digo aquí; ruego al Señor que se lo haga comprender. Bien sé yo que no pudieron ser sueños míos, porque ni dormía ni siquiera estaba acostada; mas con todo, desconfío de mí misma.

Carta XXXII

A LA MADRE DE SOUDEILLES, MOULINS (15)

Sentimientos afectuosos. La anima a alegrarse de nuevo con la Cruz del Superiorato.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
30 de Junio de 1685.

Yo creía, mi respetable Madre, que V. C. me había olvidado por completo; pero su bondad me hace ver lo contrario por la carta a nuestra querida hermana María Ana Cordier (16). Debe estar persuadida de que Nuestro Señor me ha inspirado tan fuerte inclinación a amarla y estimarla en su Sagrado Corazón, que no la olvidaré jamás en su divina presencia, aun cuando me hubierais borrado por completo de vuestra memoria, como indigna de ocupar ningún lugar.

Me he enterado con gusto de su reelección. No veo, mi muy querida Madre, que haya motivo para afligirse tanto, puesto que es la voluntad de Dios, cuyo brazo no se ha abreviado, ni su poder disminuido para sostenerla en lo futuro como lo ha hecho en lo pasado. ¿Y qué tiene, pues, que temer puesto que no pide más que su confianza en su bondad, para hacerla experimentar la dulzura y fuerza de su socorro en sus necesidades, pero siempre a la medida de su confianza?

---

(15) Acababa de ser reelegida para el segundo trienio: 1685-1688. Este intervalo fue para el Monasterio de Moulins, como para los de Dijon, de Semur y de Paray, la era del triunfo del Corazón de Jesús. Hacía siete años que la correspondencia de la Santa preparaba insensiblemente los caminos a este divino Reinado. Ha llegado el momento en que este bendito culto empiece a desarrollarse con el fervor que se echa de ver en las cartas siguientes.

(16) La Hermana María Ana Cordier, era profesa de Paray desde el año 1667. Nacida en Moulins, de una distinguida familia, se encontraba, como es natural, en relaciones con la Madre de Soudeilles, y con varias de sus hijas. Era una religiosa fervorosa, que después de algunas vacilaciones, se había consagrado por completo al Señor. La dirección del Padre de La Colombière había producido en ella abundantes frutos.

La correspondencia que tenemos a la vista prueba que existía entre ella y la Santa una cordial confianza, puesto que a veces les ocurría escribir en la misma hoja.

La mía está en que V. C. me consiga con sus santas oraciones el perdón del mal uso que he hecho hasta ahora de mi santa vocación, y la gracia de corresponder con fidelidad a ella y a todo lo que pida de mí; y puedo aseguraros que si no fuera tan mala como soy, experimentaría el efecto de mis oraciones. Pero, ¡ay de mí!, éstas son demasiado frías para llegar hasta el manantial del amor, donde deseo esté toda abismada y consumida, para no cesar jamás de amarlo con toda la capacidad de nuestros corazones. Con todo el mío soy toda suya con el más sincero respeto.

Sor M. María del L. V. D. S. M.
D. S. B.

Carta XXXIII

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Si nos consagramos al Divino Corazón, El se cuida de nosotros. Los tres elementos: el sufrimiento, la humildad y la unidad.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
17 de Agosto, de 1685.

No puedo explicarle, mi respetable Madre, el placer que he tenido cuando, al leer su carta, he visto el deseo que V. C. demuestra de ser toda del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, pues me parece que por ahí es por donde aseguraremos nuestra salvación, que tan comprometida está en esta vida miserable y llena de corrupción. Pero cuando nos hemos consagrado y dedicado por completo a este Corazón adorable, para honrarle y amarle con todos nuestros medios, abandonándose del todo a El, El se cuida de nosotros y nos hace arribar al puerto de salvación, a pesar de las borrascas.

¡Ay, mi querida Madre, rogad al Señor que yo pueda llegar al mío, para no verme privada de amarle eternamente! ¡Ah, que más bien me agobie aquí abajo con toda suerte de tormentos, antes que privarme de un solo momento de amarle! Sí, yo le quiero amar por mucho que pueda costarme; y deseo que le

ame con tanto ardor que su corazón llegue a consumirse. Y puesto que el que ama tiene todo poder, amemos pues, y nada nos parecerá difícil.

Pero este amor no reina más que en el sufrimiento, y no triunfa sino en la verdadera humildad, ni se puede gozar de él más que en la unidad. En el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo es donde la encontraremos; ayudémonos la una a la otra, para llegar a El. V. C. puede estar segura que no la olvidaré ante El, pues me ha dado una inclinación muy particular para amarla y estimarla en El. Todo por su gloria y su amor, en el cual soy toda suya de corazón y con el mayor afecto.

Sor Margarita María.
De la Visitación Sta. M.
D. S. B.

Carta XXXIV

BILLETE ENTREGADO POR LA SANTA A LA HERMANA MARIA MAGDALENA DES ESCURES, RELIGIOSA DE LA COMUNIDAD DE PARAY

Revelación acerca de la H. Francisca Rosalía Verchère. Castigo por quitarle la santa Comunión de los primeros Viernes. Bajísimo concepto de sí misma.

¡Viva † Jesús!

[Hacia fines de Agosto de 1685.]

No se extrañe que me dirija a V. C. como a mi querida amiga en el Sagrado Corazón de Jesucristo, el cual quiere que lo haga así para decirle la pena tan grande que tengo con motivo de mi hermana. Y es que esta mañana, al levantarme, me ha parecido oír claramente estas palabras: *Di a tu Superiora que me ha causado gran disgusto porque por complacer a la criatura no ha temido enojarme, quitándome la comunión que yo te había mandado hacer todos los Primeros Viernes de mes, para satisfacer así, ofreciéndome a mi Eterno Padre a su divina justicia, por los méritos de mi Sagrado Corazón, en el caso en que se cometa alguna falta contra la caridad, porque te he escogido para que seas la víctima. Y al mismo tiempo que ella te ha*

prohibido cumplir mi voluntad en esto, yo he resuelto sacrificarme esta víctima que ahora sufre (17).

He aquí, mi querida Hermana, lo que me atormenta y persigue de continuo, sin que pueda olvidarlo, porque El me apremia a decírselo a nuestra Madre; y temo hacerlo hablándole con franqueza, porque creo que todo esto no es más que una astucia del enemigo, que quiere hacer que me singularice con esta Comunión, y que todo ello no es más que imaginación e ilusión, porque el Señor no iba a hacer semejante gracia a una miserable hipócrita como yo. Pero le ruego, mi querida amiga, que me dé en esto vuestro parecer para sacarme de apuros puesto que quiere que se lo pida. Hágame esta gracia, sin adularme, pues temo resistir a Dios, y no puedo explicarle lo que sufro con esta idea. Pídale que le haga conocer la verdad y lo que quiere que me responda. Después, ya procuraré no pensar más en ello.

Otra gracia que también le pido es que me guarde secreto y queme este escrito; pues si conociera lo mala que soy, no le costaría trabajo decírmelo, si es que esto no proviene de Dios. Este es mi modo de pensar. Pero es preciso que la ame tanto como lo hago para podérselo comunicar; pero en el secreto del Sagrado Corazón el cual le devolverá, como espero, la caridad que me hará porque no tengo bastante capacidad de discernimiento para mí misma.

En lo que a mí se refiere, preferiría mejor seguir la voluntad ajena antes que la mía, pues no tengo ninguna dificultad en creer lo malo que dicen de mí, no lo bueno, porque soy muy mala y estoy llena de defectos (18).

---

(17) Las Hermanas antiguas no habían aprobado la nueva devoción. La Madre Melín, para calmar los ánimos, prohibió todas las prácticas exteriores y quitó a la Santa, la Comunión de los Primeros Viernes.

(18) La Hermana María Magdalena des Escures era una de las más opuestas a que se introdujeran prácticas nuevas, que le parecían contrarias a la Regla. Pero su virtud le inspiraba tal confianza a la Hermana Margarita María, que tuvo hacia ella el más sincero aprecio; la divergencia de opiniones parecía que era razón suficiente y que la obligaba a consultarla. Su respuesta fue bien sencilla; la animó a exponerlo a la Superiora. Ya se sabe cuál fue el resultado de este consejo: las Comuniones permitidas, según la orden de Nuestro Señor, conservaron a la Hermana Francisca Rosalía Verchére una vida destinada a dar a conocer, un día, las virtudes y escritos de Margarita María.

CARTA XXXV (19)

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Alegría al aumentarse sus cruces. Su único placer. El poderoso sostén del Instituto de la Visitación.

¡Viva † Jesús!

1685.

El estado de sufrimiento en que me veo como agobiada y anonadada, hace que yo misma me desconozca y me sienta impotente para todo lo bueno. No me queda libertad, mi querida Madre, más que para hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando veo que aumentan mis dolores, experimento la misma alegría que sienten los más avaros y ambiciosos al ver aumentar sus tesoros. Me parece que estos sufrimientos aprovechan algunas veces a esas pobres almas del purgatorio. ¡Ah, mi buena Madre, cuán obligada le quedaría, si me ayudara con sus oraciones a aliviar a mis buenas amigas pacientes del purgatorio! Así es como las nombro. Le aseguro que no son ingratas.

No sé si en esto me engaño, pero no tengo más placer en esta miserable vida, que en lo que se refiere a los intereses del Sagrado Corazón de Jesús que me clava a menudo en la Cruz, despojada de todo.

He aquí la idea que he tenido respecto a nuestro Instituto: que nuestro Padre San Francisco de Sales, temiendo que los cimientos de su edificio vinieran a derrumbarse, había pedido un sostén capaz de protegerlo. Se lo ha concedido el Sagrado Corazón, para levantarlo de sus caídas y servirle de asilo contra los ataques de sus enemigos, sirviéndole también de sostén para que no sucumba en lo porvenir. Y es por la intercesión de la

---

(19) En las ediciones anteriores no se encontraban más que las primeras líneas de esta carta, con otro número. El resto había sido intercalado en otras cartas. Hemos reconstruido el texto según varios manuscritos. Es probable que esta carta sea una recopilación de diversos párrafos. No se encuentra en ella ilación. En todo caso, cada uno de los trozos que la compone es auténtico de la Santa y se encuentran en todos los manuscritos. (Nota extractada de Monseñor Gauthey.)

Santísima Virgen por quien ha logrado este poderoso Protector. En cuanto a aquellas que tengan noticia de El y se pongan bajo su protección, derramará en abundancia sobre sus personas los tesoros de sus gracias santificantes por la unción de su caridad y la suavidad de su divino amor.

D. S. B.

Carta XXXVI

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Espléndidas promesas a los devotos del Divino Corazón. Un cuadro del mismo. ¿Cómo se hace la consagración? Sus buenas amigas del Purgatorio. "Envuelta en un eterno olvido". Consigue la curación de una Hermana enferma.

¡Viva † Jesús!

24 de Agosto de 1685.

Le confieso, mi amadísima Madre, que el estado de sufrimiento en que me veo como agobiada y anonadada, hace que yo misma, me desconozca y me sienta impotente para todo lo bueno. No me queda libertad más que para hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, del cual esta indigna criatura le dirá una palabrita, respecto a algunas gracias particulares que cree haber recibido de El. Le ha hecho, pues, conocer de nuevo, el gran placer que encuentra en ser honrado de sus criaturas, y le parece que entonces le prometió:

Que todos los que se consagraren a este Sagrado Corazón no perecerán jamás; y que como es manantial de todas las bendiciones, las derramaría en abundancia en todos los lugares donde estuviera expuesta la imagen de este amable Corazón, para ser allí amado y honrado; que por este medio uniría a las familias desunidas y asistiría y protegería a las que se vieran en alguna necesidad; que derramaría la suave unción de su ardiente caridad en todas las Comunidades en que se venera esta divina imagen; que desviaría los golpes de la justa cólera de Dios, restituyéndolas a la gracia, cuando por el pecado hubieran decaído de ella, y que daría una gracia especial de santificación y salvación a la primera persona que le proporcionara el placer de mandar hacer esta santa imagen.

Pero el poco caso que esta pobre y mísera pecadora debe hacer, y en efecto hace, de todo lo que pasa en ella, a causa de su gran indignidad, no le da seguridad para dar a conocer nada, si no es por obediencia. Sin embargo, sintiéndose muy apremiada con esto y no sabiendo ya cómo excusarse, como no fuera con su impotencia, se le presentó un joven recién venido de París, que es pariente de una de nuestras Hermanas novicias, el cual enterado por ella, se ofreció con admirable entusiasmo a pintar este cuadro, tan hermoso como se quisiera; no hay más que darle el diseño. Lo encomiendo todo a sus santas oraciones a fin de que todo resulte para su gloria, pues se presentan multitud de obstáculos, y basta que esta ruin pecadora se mezcle en ello, para que surjan por todas partes.

He aquí, mi querida Madre, unas palabritas que mi corazón, que tan tiernamente la ama, arroja como de paso en el secreto del suyo. Le diré con sencillez que me parece que haría una cosa muy agradable a Dios, consagrándose y sacrificándose a ese Sagrado Corazón, si es que ya no lo ha hecho. Hay que comulgar en un Primer Viernes de mes y después de la Santa Comunión hacerle el sacrificio de sí misma, consagrándole todo su ser para emplearse en su servicio y procurarle toda la gloria, y amor y alabanza que esté en su poder. Esta es una cosa, mi buena Madre, que pienso que el Divino Corazón pide para perfeccionar y consumar la obra de su santificación.

Y en cuanto a lo que concierne a mis buenas almas pacientes del Purgatorio, la verdad es que le estoy más agradecida por el bien que les ha procurado, que si me lo hubiera hecho a mí misma. No crea que sean ingratas, no, se lo aseguro; y aunque la pobre Hermana N. sufre mucho todavía, no olvidará vuestros buenos oficios.

He encomendado al Sagrado Corazón la persona que me indica. Creo que si puede hacer ese acto de generosidad de darse completamente a Dios, consagrándose del todo a El, cumplirá lo que de ella pide, asegurando su salvación. ¡Si supiera, mi buena Madre, qué difícil me es decir todas estas cosas, por la pena que me causa la idea de que no soy más que una hipócrita que engaño a las criaturas con una falsa apariencia de devoción! Puedo asegurarle que me veo tan lejos de la pureza que Dios pide de mí, que me parece que todas mis acciones

me condenan. Esto es lo que me hace rogarle con todo mi corazón que queme todos mis escritos porque no quiero que quede nada de tan perversa pecadora que pueda dejar algún recuerdo de ella después de su muerte, pues quiero quedar anonadada y envuelta en un eterno olvido.

Y puesto que le hablo con el corazón en la mano, le confieso con sinceridad que este deseo que me apremia de verme olvidada y despreciada de las criaturas me hace sufrir un continuo martirio en los diferentes empleos de la religión, y sobre todo para escribir e ir al locutorio, que me parece un infierno. Y lo que aumenta más mi pena en este punto, es que creo no poder yo demostrar las repugnancias que siento por estas cosas, sin ofender a Nuestro Señor, a causa de la promesa que le he hecho con motivo de una de nuestras Hermanitas (*la Hermana Antonia Rosalía de Sennecé*), la cual estaba ya en las últimas, y con un sueño letárgico.

No podía en tal estado recibir los últimos Sacramentos, lo que afligía mucho a nuestra querida Madre que me hizo comulgar con esta intención. Y como yo pidiera con instancias esta gracia, me pareció que me decían claramente estas palabras: *Tendrá el consuelo de recibir todos los Sacramentos que se requieren en esta última hora si tú quieres sacrificarte, no volviendo a manifestar tu repugnancia a los empleos, ni a escribir, para contestar a los que yo encamine a ti, ni tampoco para ir al locutorio.* Y en el acto me ofrecía todo esto, con el deseo que tenía de que se nos concediera lo que pedíamos; y al mismo tiempo hice a mi Soberano la promesa de no demostrar la repugnancia que en ello sintiera. Pero ésta se ha hecho tan violenta desde esta fecha (26 *de Abril de* 1684) que cometo faltas cada vez que la ocasión se presenta y siento además un remordimiento interior de que habiendo alcanzado lo que pedía, no cumplo mi promesa. Juzgad mi querida Madre, si esto no tiene que causarme mucha pena.

¡Ah, qué feliz me consideraría si fuera desconocida de todas las criaturas y me viera envuelta en un eterno olvido sin olvidarla, sin embargo, jamás delante de Nuestro Señor! Por su amor le ruego me dé a conocer su parecer acerca de lo que os indico, con algunas palabras de aliento en un camino en el que no hallo apoyo ni consuelo. No es que me falte una buena

Madre, tan buena y caritativa como pueda desearse. Pero Dios lo quiere así, sea eternamente bendito su Santísimo Nombre.

CARTA XXXVII

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Otra vez las riquísimas promesas del amantísimo Corazón. "El Medianero entre Dios y los hombres".

¡Viva † Jesús!

1685.

¡Si supiera cuán apremiada me siento a amar al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo! Me parece que no se me ha dado la vida más que para esto y, sin embargo, hago todo lo contrario. El me hace continuos favores, y yo no le pago más que con ingratitudes. Me ha regalado con una visita que me ha sido en extremo favorable por las buenas impresiones que ha dejado en mi corazón.

Me ha confirmado que el placer que encuentra en ser amado, conocido y honrado de las criaturas es tan grande, que, si no me engaño, me ha prometido que todos aquellos que se le dediquen y consagren no perecerán jamás; y que como es el manantial de todas las bendiciones, las derramará en abundancia en todos los lugares en que la imagen de su Divino Corazón esté expuesta y sea honrada; que unirá las familias divididas y protegerá y asistirá a las que tengan alguna necesidad y se dirijan a El con confianza; que derramará la suave unción de su ardiente caridad sobre todas las Comunidades que le honren y se pongan bajo su especial protección; que desviará de ellas todos los golpes de la divina justicia para restituirlas a la gracia, cuando de ella hubiera decaído.

Me ha dado a conocer que su Sagrado Corazón es el Santo de los Santos, el Santo del Amor; que quiere ser conocido ahora, para ser el Medianero entre Dios y los hombres, pues tiene todo poder para ponerlos en paz, apartando los castigos que nuestros pecados han atraido sobre nosotros, alcanzándonos misericordia.

Carta XXXVIII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Una pobre y mala pecadora. El placer, óbice para que reine el Sagrado Corazón.

¡Viva † Jesús!

1685.

En verdad, mi querida Madre, que me causa gran confusión que piense que una pobre y mala pecadora como soy yo, pueda tener la ciencia de los santos y hablarle en su lenguaje. Se encontrará miserablemente engañada como yo, si da algún crédito a mis pensamientos que os comunico con toda sencillez como V. C. manifiesta desearlo. Los que me han ocurrido con motivo de lo que me habla es que si esa persona acepta lo que le ofrecen y hace todo lo posible para usar bien de ello, Dios será glorificado y su alma santificada; pero que todo sea sin otra mira que la de agradar a Dios, ante el cual no olvido a la otra persona de quien me habla en su carta.

Pero el Sagrado Corazón de Nuestro Señor reinará con dificultad en el suyo, porque en él hace reinar con exceso el placer. Hay que esperarla todo de la bondad de nuestro Dios, en el amor del cual soy, mi querida Madre, suya...,

Sor Margarita María.
D. S. B.

Carta XXXIX

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Unica nobilísima aspiración de la Santa de Paray.

¡Viva † Jesús!

[1685.]

No sabía ocuparme en otra cosa más que con el Sagrado Corazón de mi Salvador, y moriría contenta si le hubiera procurado alguna honra, aun cuando hubiera de ser mi recompensa

una pena eterna. Con tal que yo le ame y que El reine, esto me basta.

La contradicción me ha puesto a menudo a punto de cesar de hablar con El, pero sentía interiormente tan fuerte reprensión por los vanos temores con que Satanás trataba de intimidarme, y me encontraba después tan alentada y fortalecida, que he resuelto, por mucho que me cueste, proseguir hasta el fin, a menos que la obediencia no me lo prohiba. En este caso lo abandonaría todo, porque siempre le sacrifico todas mis miras e intenciones.

Carta XL

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Gozo por el envío de una imagen del Sagrado Corazón. "Una nueva muerte el tener que ser vista". ¿Cómo grabar nuestros nombres en el amante Corazón? "Resuelta a morir o vencer".

¡Viva † Jesús!

Enero 1686.

Creía, mi querida Madre, que iba a decirme que no pensase ya más en introducir esta devoción del Sagrado Corazón, considerándola como una vana quimera de mi imaginación; y de antemano estaba ya resignada a ello. Tan poco es el crédito que doy a cuanto procede de mí. Pero cuando he visto la imagen de este único objeto de nuestro amor que me ha enviado, me ha parecido que renacía a nueva vida. Estaba sumida en un mar de amargura y sufrimiento, que se trocó en tan grande paz y sumisión a todas las disposiciones de la celestial Providencia para conmigo, que desde entonces me parece que nada hay ya capaz de turbarme. Sólo deseo procurar la gloria de este Corazón Sagrado.

¡Por cuán dichosa me tendría si antes de mi muerte pudiera agradarle en algo! V. C. puede ayudarme mucho confortando mi pobre y débil ánimo. Para mí es siempre una nueva muerte tener que ser vista y conocida de las criaturas, y cada vez me cuesta más. Cuanto más quiero engolfarme en mi nada para allí vivir en ese abismo, pobre y desconocida por completo del

mundo, más me suscita éste nuevas amistades. Pero ¡ay! ¿Cómo he podido yo engañar así a las criaturas? No encuentro cruz más pesada que ésta; y si Nuestro Señor, por su dulce bondad no pusiera dentro de ella lo que tan justamente me es debido, que son las humillaciones y contradicciones, estaría desolada.

Pero me desvío sin darme cuenta de lo que le iba diciendo respecto a la devoción del Sagrado Corazón y al propósito de hacerle honrar. Me parece que me ha hecho ver varios nombres que estaban grabados en El, a causa del deseo que tienen de hacer honrar, y por esto mismo no permitirá que jamás sean borrados. Pero nunca me ha dicho que sus amigos no tendrían nada que sufrir; porque quiere que hagan consistir su mayor felicidad en gustar sus amarguras.

Oiga ahora unas palabritas, como de paso, para expresarle la bondad y voluntad de nuestro soberano Maestro. ¡Ah!, ¿será posible que no queramos amarle con todas nuestras fuerzas y potencias, a pesar de las contradicciones que, como sabe, nunca faltan? Pero estoy resuelta a morir o vencer estos obstáculos con el auxilio de este adorable Corazón.

No le puedo decir todo el consuelo que me ha proporcionado, tanto al enviarme su amable imagen, como también al querer ayudarnos a honrarla con toda su Comunidad. Esto produce en mí transportes de alegría mil veces mayores que si me pusiera en posesión de todos los tesoros de la tierra (20).

CARTA XLI

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

"Sólo por esto suspiro". Más quiere sufrir por el Reinado del Sagrado Corazón, que ser un inflamado serafín.

¡Viva † Jesús!

[Hacia Febrero de 1686.]

No puedo explicarle mi alegría por el acrecentamiento de la devoción al Sagrado Corazón de mi Salvador. Me parece que

(20) Movida por el ejemplo de devoción dado en Paray por las novicias de Margarita el día de su santo, hizo la Madre Greyfié en su Monasterio

sólo por esto suspiro; y algunas veces se enciende en mi corazón tan ardiente deseo de hacerle reinar en todos los corazones, que me parece que no hay cosa que no quisiera hacer y sufrir para conseguirlo: aun las penas del infierno, sin pecado, me resultarían dulces.

Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, apremiada por este deseo ardiente, me fue mostrado, si no me engaño, el fuego en que se abrasan los serafines con tanto gozo, y oí estas palabras: *¿no preferirías tú más gozar con ellos, a sufrir, ser humillada y despreciada para contribuir al establecimiento del Reinado de mi Corazón en los corazones de los hombres*? Entonces, sin titubear, abracó la cruz toda erizada de espinas y clavos que me presentaron y con todo el afecto de que era capaz repetía sin cesar: —¡Unico amor mío! ¡ah, cuánto más dulce es para mí seguir mi deseo y cuánto más prefiero sufrir para hacerte conocer y amar, si tú quieres horarme con esta gracia, que verme privada de ella, para ser uno de esos inflamados serafines!

Desde entonces he continuado siempre en esta disposición de ánimo, con sentimientos de ternura tan grandes por parte de este adorable Corazón, que no soy capaz de expresar.

CARTA XLII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Apostolado por medio de las imágenes. Cómo morirá contenta. Visión del día de San Francisco de Sales.

¡Viva † Jesús!

2 de Marzo de 1686.

Mi amadísima Madre: [No hubiera tardado tanto en proporcionarme el honor de escribirle, si hubiese podido satisfa-

---

de Semur dedicar un oratorio al mismo divino Corazón, y colocar en él un cuadro. A principios de este año de 1686 enviaba a su antigua súbdita una relación de los honores tributados en él al Corazón de Jesús, y le anunciaba el envío de una imagen en miniatura de dicho cuadro de Semur. A esta carta responde la Santa.

cer el deseo que me demuestra de tener un dibujo para hacer un cuadro del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Como nuestra pobre Hermana N. N., no puede ya dedicarse a esta clase de cosas, me he dirigido a nuestra Hermana, la Superiora de Semur, para que nos mande uno y poder darla esta satisfacción, que lo sería aun para mí mayor si no tuviese la mortificación de no haber recibido noticia alguna desde que se lo pedí; además me han asegurado que ya se había encargado uno].

Mucho me gustaría saber si podría encargar que hiciesen una lámina de la estampa del Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro. Me parece que la ha destinado para ello. Diómelo a conocer visiblemente, porque algunas personas se han ofrecido a hacerlo, y han hecho lo que han podido para salir con ello, pero no han logrado adelantar nada. Esto me obliga a dirigirme a V. C. para decirle lo que creo ser voluntad de ese divino Corazón, la cual me manifestó del modo siguiente, precisamente.

Y es que fue V. C. la primera a quien quiso que comunicase yo el ardiente deseo que tiene de ser conocido, amado y glorificado por sus criaturas. No sé si me engaño ni se recordará lo que le he dicho; lo que sé de cierto es que me siento en extremo apremiada a decirle de su parte [que desea encargue una lámina con la imagen de ese Sagrado Corazón, a fin de que los que quieran tributarle particular veneración, puedan tener imágenes en sus casas, y otras pequeñas para llevar consigo. Me parece] que sería esto una gran dicha para V. C. si pudiera proporcionarle ese honor, y que no dejará de recompensarlo. No hay en todo esto de por medio más que el interés de su gloria; y me parece, mi querida Madre, que El aumentará la que le tiene destinada. Además, estará escrito su nombre en ese Corazón sagrado con caracteres indelebles. Mas como quiere que le complazca en esto y sin interés alguno y sólo por amor a El mismo, no me deja decirle todo lo demás que le tiene reservado, si le da este contento.

[Y como un buen Padre Jesuita quiso encargarse de mandar hacer esta lámina, porque le instaban mucho las personas que se habían ofrecido a pagarla, la encargó a Lyon.]

[Pero] no se hará nada por otro lado, a menos que V. C. nos dé una negativa. Indíquenos si no tiene intención de hacerlo. Me han dicho que costará por lo menos dos luises de oro. Y he recibido la orden de dirigirme a otra persona si V. C. rehusa hacerlo, mas no se apene por lo que le digo; le expongo sencillamente mis pensamientos, porque puede sujetarlos a su parecer, y hacer lo que el Señor le inspire.

Bien sabe, mi buena Madre, que tiene gran parte en esta devoción, y que debe interesarse por ella cuanto pueda. Le confieso que moriré contenta si veo a este Sagrado Corazón conocido, amado y honrado, para lo cual no sirvo yo sino de obstáculo. ¡Qué dichosas son las almas que son del todo suyas, y que no aman más que en El y por El!

Me parece que nuestro Santo Fundador, en el día de su fiesta, me dio a conocer muy claramente el ardiente deseo que tiene de que el Sagrado Corazón de Jesucristo sea conocido, amado y honrado en todo su Instituto. Me dijo que era el medio más eficaz que había podido obtener para levantarse de sus caídas, e impedir que sucumbiese bajo los artificios de un espíritu extraño, lleno de orgullo y de ambición, que sólo pretende arruinar el espíritu de humildad y de sencillez, que es el fundamento del edificio que Satanás quiere derribar. Mas no podrá hacerlo si tiene a este Sagrado Corazón por defensor y por sosten, etcétera.

D. S. B.

[Emplee, pues, toda su influencia en hacerle amar. Le envío una pequeña consagración a este divino Corazón, para que cada una la haga en particular; hay también una general. Si desea tenerla, me tomaré la confianza de enviarla con otras oracioncitas, pues no tengo mayor placer que el de verle reinar en todos los corazones.]

CARTA XLIII

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Duramente censurada por un religioso de gran reputación, comparte Margarita su parecer. Estupenda humildad de la Santa.

¡Viva † Jesús!

En la Cuaresma de 1686.

Me siento perseguida y atormentada de diversos modos, y uno de los más duros es verme a mí misma como juguete de Satanás, al que ha manejado y engañado siempre con sus falsas ilusiones; y nada veo en mí, que no sea digno de eterno castigo, puesto que no solamente he sido yo engañada, sino tan desgraciada, que he engañado a los demás con mi hipocresía, aunque sin querer hacerlo. Y lo que me confirma en estos sentimientos contra mí misma, es que tal es el parecer de ese buen siervo de Dios, N. Tengo motivos para bendecir mil veces la bondad del Señor por habérmele traido, con el fin de que acabe con esa falsa opinión que se tenía de mí.

Nada me da tanto contento como ver que por este medio se desengañan las criaturas, y quedo yo en disposición de satisfacer de algún modo a la divina justicia, saliendo a luz mis miserias y manifestándose lo que soy, para que después de esto permanezca sepultada en un eterno olvido del mundo. Este pensamiento me lisonjea, llenándome de dulce complacencia. Veo que tengo gran necesidad de humillarme, mas no sé cómo poder hacerlo, pues no hay cosa alguna inferior a mí, que no soy más que una nada criminal. Pedid mi perfecta conversión al Sagrado Corazón de nuestro amable Salvador.

CARTA XLIV

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Culto del "Santo Padre de La Colombière". Nueva y pesadísima cruz. Mil cuerpos para sufrir, y millares de corazones para amarle, y de almas para adorarle".

¡Viva † Jesús!

[Marzo 1686.]

Mi amadísima Madre:

Me complazco de antemano pensando en el contento que tendrá al recibir las reliquias de nuestro Santo Padre de La Colombière, cuyo cuerpo han trasladado los Reverendos Padres Jesuitas a su nueva iglesia. Nos han regalado, muy en secreto, un huesecito de sus costillas, y su cinturón. Y deseo compartirlo con V. C., pues sé que el aprecio que haga de ello estará en relación con la estima en que tiene a este gran Siervo de Dios.

No le puedo explicar el consuelo que siento viendo el ardor que demuestra por el Sagrado Corazón de nuestro divino Esposo. Y si ocupa usted en la tierra el lugar de ese Santo Padre, me parece que él ocupa el suyo en el cielo para amarle y honrarle (21).

Espero que el Divino Corazón reinará, a pesar de todo lo que a ello se opone. En cuanto a mí, lo único que puedo hacer es sufrir y callar; pues le confieso, como a mi buena Madre, que nunca me vi reducida a semejante estado de humillación y contradicción por parte de las criaturas. Me parece que voy a su-

---

(21) Puede parecer extraño que, habiendo fallecido el Padre de La Colombière en febrero de 1682, fuese exhumado su cuerpo en tan corto intervalo de tiempo. El sistema de exhumación que estaba entonces en uso podía permitírselo sin inconveniente. Antes de cerrar el féretro derramaban una cantidad considerable de cal viva sobre el cuerpo, y ésta consumía rápidamente las carnes, y al cabo de pocos años sólo quedaban los huesos. Este sistema se usó con el siervo de Dios como lo atestiguan las huellas de cal que se notan en la cabeza y en otras varias partes de los huesos. La distribución de las reliquias no fue sólo para nuestra Santa; muchas otras personas participaron de ellas, ya cuando se hizo esta primera exhumación, ya en los años siguientes; y se pudo hacer constar en la verificación hecha el 3 de julio de 1865, la falta de todos los huesos pequeños, de todas las costillas y de varias vértebras.

cumbir a cada paso bajo el peso de esta cruz con que su bondad me favorece (22).

Pero le digo también que nunca ha sido Dios tan bueno conmigo como ahora; pues no se aparta de mí a pesar de mis grandes miserias. Y así no tengo más recurso que su adorable Corazón, el cual es siempre mi fiador y defensor. Ruegue mucho por mí, y crea que no la olvido en su presencia. No le cuento todo esto particularmente porque no es posible, pues quiero sufrir en silencio. Y esta palabrita que le digo de paso, es solamente para demostrar la necesidad que tengo de sus santas oraciones. Y puesto que se interesa por mis cosas, bendiga a nuestro soberano Maestro, porque me hace participar de su cruz.

¡Oh! mi querida Madre, cuán bueno es vivir y morir abrumada bajo su peso, en la privación de todo consuelo. Esta es la única pretensión del puro amor, que no deja en paz el alma que una vez se ha entregado a su poder. Querría yo ser una de ellas; me parece que desearía tener mil cuerpos para sufrir y millones de corazones para amarle y de almas para adorarle. Pida a su bondad que no abuse yo de estos momentos tan preciosos que me da para que haga penitencia, a fin de que no me vea privada de amarle eternamente.

D. S. B.

CARTA XLV

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Otra vez el apostolado de las imágenes. Cultos al Sagrado Corazón en la Comunidad de Semur. Nuevos proyectos en la de Paray. Su único consuelo, no tener ninguno.

¡Viva † Jesús!

20 de Marzo de 1686.

Temo, mi amadísima Madre, no haberme explicado bien al hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Me parece haberle dicho que la estampa que El deseaba mandase

(22) Se refiere la Santa a la terrible persecución que contra ella se levantó por haber despedido del Monasterio con santa energía a la joven postulante Chamron en la primavera de ese año.

hacer V. C. para gloria suya y bien vuestro, estuviese bien impresa en láminas, a fin de que todos pudieran comprarla según su devoción. No hay que buscar en esto más interés que su gloria, por la cual desea El que se esparza esta devoción en todos los corazones, para que reine en ellos de un modo absoluto. Eso es, mi buena Madre, lo que me ha parecido que pedía de V. C. y creo que la recompensará por ello abundantemente, así como a todos los que contribuyan a darle este contento, dando a todos gracias de santificación y de salvación.

Le confieso que no le hubiera hablado de ello, a no haberme sentido vivamente apremiada a hacerlo, pues algunas personas nos habían puesto ya el dinero en las manos; pero no me atreveré a hacer nada mientras V. C. no me dé una negativa. También es posible que el dinero que su santa Comunidad tiene el designio de dar, sea para encargar un cuadro a algún pintor, y ponerlo en un marco, como lo ha hecho mi Hermana, la Superiora de Semur, que tiene una devoción admirable a este Sagrado Corazón, y ha mandado hacer uno para su Comunidad. Le han erigido un altar, y le tributan continuos homenajes, con excelentes frutos; comenzaron a practicar esta devoción al oír leer el Retiro del R. P. de La Colombière.

Nuestra respetable Madre tiene la idea de que más adelante nuestra Comunidad mande hacer una Capilla con su hermoso cuadro del Sagrado Corazón; por lo cual no se ha dado prisa en aprovecharse de la generosidad de ese joven de quien le he hablado. Y como la respetable Madre de Semur nos ha enviado un bosquejo de ese cuadro, nuestra querida Hermana María Luisa ha hecho cuanto estaba de su parte para reproducirlo, a fin de enviárselo. Es cierto que en el suyo hay algo más, como cuatro cabezas de querubines en los cuatro ángulos, y algunos corazones entrelazados en la corona de espinas. Representan a los que le aman en medio del sufrimiento; y los que están entre los lazos de amor, a los que le aman en medio de los goces.

Le ruego encarecidamente, mi buena y querida Madre, que me indique cuanto antes lo que quiera y pueda hacer, antes de que el Reverendo Padre encargue que lo hagan. Mas lo que yo le digo no la obliga a nada; me tomo únicamente la libertad de comunicarle mi pensamiento, conforme al deseo que de ello me demuestra. Y en cuanto a lo que a mí se refiere ¡ay! mi querida

Madre, ¿qué la podría decir, sino que se complace el Señor en tenerme en un estado de continuo sufrimiento, en medio del cual no me reconozco yo misma? Estoy tan agotada de fuerzas, que me es en extremo trabajoso arrastrar esta miserable carroña de pecado; y cuando veo que se aumentan mis sufrimientos, me parece que siento un gozo semejante al que sienten los avaros y ambiciosos viendo acrecentarse sus tesoros.

Creo que estos sufrimientos se aplican a veces por algunas de la santas almas del Purgatorio; no sé si me equivoco en esto como en todo lo demás. Querría explayarme un poco más con V. C. pero no me es posible hacerlo, pues nunca hago lo que quisiera hacer. ¡El Señor sea bendito por todo! No me da en esta miserable vida más contento que el de no tener ninguno, y nunca hallo consuelo ni aun posibilidad de hablar, más que cuando se trata de los intereses de su sagrado y amabilísimo Corazón, en quien sólo me ocupo y con quien únicamente trato.

Y en cuanto a lo de estar V. C. asociada a nuestra devoción, no debe dudarlo, puesto que será su bienhechora, si hace lo que anteriormente le he propuesto. Espero su respuesta, rogándole que tenga un recuerdo particular en sus santas oraciones de esta pobre miserable pecadora que jamás se olvidará de V. C. en las suyas indignísimas y lánguidas, y ruega al divino Consolador que nos consuma en su santo amor.

CARTA XLVI

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

"Nuevos consuelos en los azotes y espinas". Valioso auxilio que le ofrece un Padre Jesuita.

¡Viva † Jesús!

[Marzo 1686.]

Es cierto que el Sagrado Corazón de mi Jesús continúa ejerciendo constantemente sus misericordias conmigo, su miserable esclava, a pesar de mis continuas ingratitudes e infidelidades, las que espero quedarán en algún modo reparadas por la devoción con la que le honra su Comunidad, en lo cual se complace singularmente. Y si no ha permitido que al introducirla

hallase la cruz que su amor me ha destinado a mí como una gracia, es porque quiere que la lleve yo por las dos, pues para esto me ha hecho, y no le puedo servir en ninguna otra cosa. Me hace hallar siempre nuevos consuelos en los azotes y espinas, y en medio de ellas me tiene ahora enclavada en la cruz. Pídale que no abuse yo de tan gran beneficio, sino que haga de él el uso que espera de mí.

Le pido que guarde secreto y que me diga, por favor, si debo afligirme por las consecuencias enfadosas que son el resultado de esta cruz, pues es Dios muy ofendido en ello (23).

Esto es lo que me apena. Lo demás no me quita ni la más pequeña brizna de paz, aunque me parece estar como encerrada en oscura prisión, rodeada de cruces que voy abrazando una tras otra.

Este es al presente mi único ejercicio, durante el cual el Sagrado Corazón de mi Jesús ha querído darme un auxilio que yo no esperaba. Y es que un gran siervo de Dios (*el R. P. Gette, S. J.*) me ha escrito hace poco diciéndome que, al celebrar la Santa Misa, se sintió vivamente instado a ofrecerla todos los sábados del año por mí o por mi intención, y para que disponga de ella según mi deseo, el cual es que sea un sábado por V. C. y otro por mí; y tendremos también parte en todos los Santos Sacrificios que celebre. Este es el regalo que tenía que hacerle, y que ciertamente no le desagradará.

¿No admira conmigo las misericordias del Señor y las dulzuras de su adorable Corazón hacia su miserable esclava por haberme enviado este sólido apoyo desde el primer sábado de cuaresma? Porque entonces fue cuando comenzó a redoblar la multitud de las cruces con que me favorece, cuyo peso me haría sucumbir mil veces si no se constituyese El mismo mi fortaleza por medio de la santas almas que ruegan por mí. Este buen religioso que me hace esta obra de caridad no me conoce, ni yo a él, más que de nombre. Nunca he sentido en mí tanta paz. Bendiga por ello al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

---

(23) Nueva alusión al efecto producido por la despedida de la postulante la señora de Chamron, y por las disposiciones y palabras del afamado religioso de que anteriormente hemos hablado.

CARTA XLVII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Tristezas y alegrías en el apostolado de las estampas. ¿Por qué el poco éxito en la conversión de aquellos protestantes?

¡Viva † Jesús!

25 de Abril de 1686.

Me mortifica mucho no haber contestado a su última carta, pero antes de hacerlo, quería hablar a ese buen Padre que me había prometido que se haría la lámina después de pascua; mas el Sr. Obispo de Autun, que está aquí trabajando en la conversión de los herejes, le tiene de tal modo ocupado, que no le queda tiempo ni holgura para trabajar en esta obra que con tanto ardor desea el adorable Corazón de nuestro Divino Maestro.

No se puede figurar, mi amadísima Madre, cuánto me aflige y me hace sufrir este retraso, pues debo confesarle confidencialmente que a mi parecer es causa de que se conviertan tan pocos infieles en esta ciudad. Me parece oír sin cesar estas palabras: *que si ese buen Padre hubiera cumplido desde luego lo que prometió al Sagrado Corazón de Jesús, hubiera trocado y convertido los corazones de estos infieles, por el contento que hubiera tenido viéndose venerado en esa imagen que tanto desea; pero que, puesto que prefieren otras cosas, aunque sean también para gloria suya, a darle este contento, que El endurecerá el corazón de los infieles, y que sus trabajos darán poco fruto* (24).

Ahí tiene, mi querida Madre, lo que me causa mayor tormento que cuanto pudiera decirle, y es un dolor que tengo que sufrir sin poder aplicarle remedio alguno, pues no es posible manifestárselo a quien lo pudiera remediar. Espero, sin embar-

---

(24) Los calvinistas, muy numerosos en Paray en la época de la fundación del Monasterio, no habían vuelto todavía completamente a la unidad católica. Monseñor G. de Roquette, Obispo de Autun, confió la obra de su total conversión a los PP. de la Compañía de Jesús del mismo Paray. No sabemos a punto fijo a cuál de ellos se refiere la Santa.

go, que la cosa se hará cuanto antes, es decir, cuando ese buen Padre esté un poco más desocupado; y le enviaremos todas las estampas que desea.

En verdad le digo, que es para mí gran consuelo ver lo pronta que está para hacer lo que cree que el Sagrado Corazón desea de V. C.; yo se lo había propuesto sin pensar que pudiera dar crédito a lo que le decía, a causa de mi indignidad, que no le es desconocida. Pero qué dicha es para V. C. haber dado los dos luises de oro que hemos recibido, y que guardará nuestra respetable Madre hasta que la cosa esté concluida. Porque me parece poder asegurarla, y me siento instada a hacerlo, que jamás recibió nadie mejor recompensa que la que V. C. recibirá por este dinero. Y creo que ha dado más contento al Sagrado Corazón con esta liberalidad, que se dirige directamente a El, que con todo lo demás que ha hecho en el resto de su vida. En fin, mi querida Madre, seríamos muy dichosas si pudiéramos dar nuestras vidas para procurar la gloria de ese amable Corazón. En El soy toda suya,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

En cuanto esté la lámina de dicha estampa, se lo comunicaré. Y será lo antes posible, pues no descansaré hasta que se haga.

Carta XLVIII

A SUS NOVICIAS

Les da una buena reprensión y les impone una buena penitencia por haber salido a la defensa de su santa Maestra. Quiénes son nuestros mejores amigos y bienhechores.

¡Viva † Jesús!

[Hacia la fiesta de la Invención de la Santa Cruz de 1686.]

Mis queridísimas y amadísimas Hermanas en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo:

No puedo expresarles el dolor que siento por el mal uso que hacemos de esta ocasión tan excelente para darle pruebas de nuestro amor y fidelidad (25). El mismo ha permitido que nos encontremos con esta cruz para prepararnos a su fiesta; y en vez de abrazarla amorosamente, sólo queremos sacudirla y librarnos de ella. Y no pudiendo conseguirlo, cometemos mil ofensas que llenan este Corazón divino de dolor y de amargura contra nosotras. ¿De dónde procede esto? De que nos amamos demasiado a nosotras mismas, lo cual nos hace temer la pérdida de la reputación y buena estima que desearíamos tuvieran las criaturas de nosotras. Esto nos hace buscar nuestra propia justificación, creyéndonos siempre inocentes, y culpables a los demás; creemos tener razón, y que los demás no la tienen. Creedme, mis queridas Hermanas; las almas humildes están muy lejos de abrigar estos pensamientos, creyéndose siempre más culpables de lo que se las hace aparecer al acusarlas.

¡Oh Dios mío, si supiéramos, mis queridas Hermanas, cuán to perdemos por no aprovecharnos de las ocasiones de sufrimiento, andaríamos con más cuidado para no perder ni un sólo momento de sufrir. No nos hagamos ilusiones; si no aprovechamos mejor las penas, humillaciones y contradicciones, perdemos la amistad del Sagrado Corazón de Jesucristo. El quiere que amemos y consideremos como nuestros mejores amigos y bienhechores a los que nos hacen sufrir o nos proporcionan ocasión para ello. Tengamos, pues, gran pesar de haber dado este disgusto al Sagrado Corazón de Jesucristo, contrariando los designios que tiene sobre nosotras.

Para pedirle perdón, haréis todas juntas, el martes próximo, el ejercicio de la disciplina, durante un *Ave Maris Stella*, y continuaréis haciéndolo hasta la fiesta del Sagrado Corazón, por turno, una cada día. Además llevaréis el cinturón tres horas cada una, para honrar los extremos dolores que padeció Jesús en la Cruz, y todos los días una de vosotras rezará el *Miserere*,

---

(25) Las novicias de Margarita María habían defendido enérgicamente la causa de su santa Maestra en la persecución que contra ella se levantó, con ocasión de la despedida de la postulante antes dicha.

postrada ante su Crucifijo, y oirá una Misa; todo ello para pedir a Dios misericordia por los méritos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Además, os abstendréis de hablar de... no haciendo comentarios entre vosotras. Volveréis a tomar las primeras prácticas, y la que más amor tenga, será la que más haga. No comentaréis ninguna falta deliberada. Y entre todas diréis nueve veces el Oficio de Difuntos por las almas del Purgatorio, a fin de que nos obtengan la gracia de volver a la amistad del Sagrado Corazón, y de poder establecer su devoción en esta Comunidad. Con esta misma intención diréis todos los días el *Ave María, filia Dei Patris,* y tres veces *Sanctus Deus,* pidiendo al mismo tiempo que reine entre vosotras el espíritu de unión y de caridad.

Pero, en nombre del Sagrado Corazón de mi Señor Jesucristo, os pido que no haya más reflexiones y excusas del amor propio. Guardemos cuidadosamente silencio, sobre todo en las ocasiones de mortificación. Seamos caritativas y humildes en nuestros pensamientos y palabras; y me parece que si sois fieles en todo esto, el adorable Corazón de Jesús será más liberal que nunca en concederos sus gracias, y os amará muy tiernamente.

Pero en cambio, si faltáis a esto, yo misma le rogaré que os castigue; y no tendréis ya parte alguna en mi corazón, que no os puede amar sino en cuanto le es dado conocer que sois amadas del Corazón de Jesucristo. En El espero amaros eternamente como a sus queridas hijas. Si no os amase yo tanto como os amo, no sería tan grande el dolor que siento por vuestras faltas, que tan sensiblemente hieren al Sagrado Corazón; y esto me desconsuela, pues, de tal modo me intereso por vuestra perfección, que, fuera del pecado, no hay nada que no quisiera hacer y sufrir para haceros progresar en el santo amor.

A Dios, sí, todo a Dios, hijas mías; llevad la cruz alegre y animosamente, pues de otro modo tendréis que dar rigurosa cuenta.

D. S. B.

CARTA XLIX

SEGUNDO BILLETE A LA HERMANA MARIA MAGDALENA DES ESCURES (26)

La felicita alborozada por los obsequios tributados al Divino Corazón. Este es un como segundo mediador entre Dios y los hombres. San Francisco de Sales desea se introduzca este culto en su Instituto.

¡Viva † Jesús!

21 de Junio de 1686.

Por obedecer al adorable Corazón de Jesucristo, le digo, mi querida Hermana, que es feliz por haber sido escogida para prestar servicio al Corazón de Nuestro buen Maestro, por el ánimo que ha tenido en ser la primera que ha querido hacerle amar, honrar y dar a conocer en un lugar que parecía casi inaccesible para El; pues desea que sus criaturas le den su amor y le tributen sus homenajes con libre, amorosa y franca voluntad, sin violencia y sin disimulación. Y me parece que el gran deseo que tiene Nuestro Señor de que su Sagrado Corazón sea honrado con particulares homenajes, es con el fin de renovar en las almas los efectos de su Redención, haciendo que su Sagrado Corazón sea como un segundo mediador entre Dios y los hombres (27). Porque los pecados se han multiplicado de tal modo que es necesaria toda la extensión de su poder para alcanzarles

---

(26) Ya sabemos que esta fervorosa religiosa denominada Regla viva por sus contemporáneas no había comprendido hasta entonces, en su verdadero significado, la devoción del Sagrado Corazón. Mas obróse en su alma una mudanza maravillosa y siguiendo el impulso de la gracia, inauguró en la Comunidad el culto tan amado de nuestra Santa, precisamente en el día mismo designado por Nuestro Señor, es decir, el Viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, 21 de Junio de 1686. La Sierva de Dios demostró su gozo y gratitud a la Hermana des Escures con el siguiente billete.

(27) Expresión que parece atrevida, pero es muy exacta. Nos dice la Teología que propiamente no hay otro Mediador que Nuestro Señor Jesucristo, el Verbo encarnado, nacido en Belén, sacrificado en el Calvario y aparecido en los últimos siglos con su Corazón abrasado en Paray. Por esto dice la Santa *como un segundo Mediador*, para expresar una nueva manifestación más elocuente de nuestro único Mediador, para urgirnos a acudir a él con más amorosa confianza.

misericordia, y las gracias de salvación y santificación, que desea derramar sobre ellos con abundancia; y más particularmente sobre nuestro Instituto que tanto necesita de este auxilio.

Creo que es éste uno de los medios más eficaces para levantarle de sus caídas, y servirle de fortaleza inespugnable contra los asaltos que el enemigo le da continuamente para derribarle por medio de un espíritu extraño de orgullo y de ambición que quiere introducir en lugar del espíritu de humildad y sencillez que es el fundamento de todo este edificio. Y le confieso que me parece que nuestro mismo Santo Fundador desea y solicita que se introduzca esta devoción en el Instituto, porque conoce los efectos que produce. Le digo estas palabritas como a mi querida amiga en ese Corazón adorable.

Carta L

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Gozo de la Santa por los triunfos del amante Corazón. Algunos "oficios" del mismo. La "Comunidad muy amada de su corazón". ¿Cómo reparar las menguas de su Instituto?

¡Viva † Jesús!

[Fin de Junio o principios de Julio de 1686.]

Mi respetable y amadísima Madre:

Ya moriré contenta, puesto que el Sagrado Corazón de mi Salvador comienza a ser conocido, y me parece que por su misericordia estoy yo casi del todo extinguida y anonadada en cuanto a la estima y reputación de parte de las criaturas. Esto me consuela más que cuanto pudiera decir. Le recuerdo lo que sobre esto me ha prometido, que es impedir cuanto podáis que se haga mención de mí después de mi muerte, si no es para pedir oraciones por la más necesitada y la peor de todas las religiosas del Instituto y de la Comunidad en que tengo el honor de vivir, donde de mil modos se ejercita la continua tolerancia y caridad para conmigo. Jamás perderé la memoria de ello ante